

BIBLIOTECA ILUSTRADA DE GASPAR Y ROIG.

# ESCENAS MATRITENSES

POR

**EL CURIOSO PARLANTE**

(D. Ramon de Mesonero Romanos)

QUINTA EDICION

ÚNICA COMPLETA, AUMENTADA Y CORREGIDA POR EL AUTOR

*é ilustrada*

**con 50 grabados.**



**MADRID**

IMPRENTA Y LIBRERIA DE GASPAR Y ROIG, EDITORES

Calle del Principe, Núm. 4

1851

# INDICE

DE LAS MATERIAS QUE CONTIENE ESTA OBRA.

	Pág.		Pág.
PRÓLOGO.	1	EL AVISADOR: <i>por</i> D. Manuel Breton de los Her-	181
EL TORERO: <i>por</i> D. Tomás Rodriguez Rubí.	2	EL DEMANDA Ó SANTERO: <i>por</i> D. José María Te-	185
LA PATRONA DE LA CASA DE HUÉSPEDES: <i>por</i> El Curioso Parlante.	5	EL PASTOR TRASHUMANTE: <i>por</i> D. Enrique Gil.	188
LA CASTAÑERA: <i>por</i> D. Manuel Breton de los Herrerros.	9	EL APRENDIZ DE LITERATO: <i>por</i> D. Luis Loma y Corradi.	192
EL BARBERO: <i>por</i> D. Antonio Flores.	12	LA POLÍTICO-MANA: <i>por</i> D. Gabriel García y Tassara.	195
EL INDIANO: <i>por</i> D. Antonio Ferrer del Río.	16	EL GRUMETE: <i>por</i> D. A. Ribot y Fonséré.	200
EL ESCRIBIENTE MEMORIALISTA: <i>por</i> D. Antonio García Gutierrez.	20	EL CONTRABANDISTA: <i>por</i> D. Juan Juarez.	204
EL AMA DEL CURA: <i>por</i> D. José María Tenorio.	22	EL SENADOR: <i>por</i> D. J. M. Diaz.	207
EL PRETENDIENTE: <i>por</i> El Curioso Parlante.	26	EL SEGADOR: <i>por</i> D. Enrique Gil.	211
LA CRIADA: <i>por</i> D. José María de Andueza.	29	LA MAJA: <i>por</i> D. Manuel M. de Santa Ana.	213
LA NODRIZA: <i>por</i> D. Manuel Breton de los Herrerros.	33	EL BANDOLERO: <i>por</i> D. Bonifacio Gomez.	217
LA COQUETA: <i>por</i> D. Ramon de Navarrete.	36	EL COLEGIAL: <i>por</i> D. Vicente de la Fuente.	222
EL EMPLEADO: <i>por</i> D. Antonio Gil de Zárate.	40	EL PATRIOTA: <i>por</i> D. Ignacio de Castilla.	227
EL CESANTE: <i>por el mismo.</i>	44	LA DONCELLA DE LABOR: <i>por</i> D. Manuel M. de Santa Ana.	231
— EL ALCALDE DE MONTERILLA: <i>por</i> D. Fermin Caballero.	47	EL BARATERO: <i>por</i> D. Antonio Auset.	234
EL AMA DE LLAVES: <i>por</i> D. J. E. Hartzembusch.	52	EL POETA: <i>por</i> D. José Zorrilla.	237
EL ESCRIBANO: <i>por</i> D. Bonifacio Gomez.	58	EL VENTERO: <i>por</i> el duque de Rivas.	241
EL SACRISTAN: <i>por</i> D. Vicente de la Puente.	65	EL JUGADOR: <i>por</i> D. Leopoldo Agustin de Cueto.	245
LA SANTURRONA: <i>por</i> D. Antonio Flores.	68	LA COMADRE: <i>por el</i> Dr. Pedro Recio.	248
— EL CLÉRIGO DE MISA Y OLLA: <i>por</i> D. Fermin Caballero.	72	EL MAYORAL DE DILIGENCIAS: <i>por</i> D. A. Auset.	252
EL CHARRÁN: <i>por</i> D. Ramon de Castañeyra.	75	EL DIPLOMÁTICO: <i>por</i> D. Jacinto de Salas y Quiroga.	255
EL HORTERA: <i>por</i> D. Antonio Flores.	78	EL GAITERO GALLEGO: <i>por</i> D. Antonio de Neira.	259
EL GUERRILLERO: <i>por</i> D. José María de Andueza.	81	EL SERENO: <i>por</i> D. José María de Albuérne.	265
EL AGUADOR: <i>por</i> Abenamar.	84	LA ACTRIZ: <i>por</i> D. Jacinto de Salas y Quiroga.	268
LA MUJER DEL MUNDO: <i>por</i> D. Tomás Rodriguez Rubí.	84	EL CANÓNIGO: <i>por</i> D. Juan Perez Calvo.	272
LA LAVANDERA: <i>por</i> D. Manuel Breton de los Herrerros.	86	EL MARAGATO: <i>por</i> D. Enrique Gil.	276
EL CHORICERO: <i>por</i> Abenamar.	90	LA VIUDA DEL MILITAR: <i>por</i> D. Jacinto de Salas y Quiroga.	279
EL ESCRITOR PÚBLICO: <i>por</i> D. José María de Andueza.	94	LA MONJA: <i>por</i> D. Vicente de la Fuente.	283
EL ESTUDIANTE: <i>por</i> D. Vicente de la Fuente.	96	EL SEISE DE LA CATEDRAL DE SEVILLA: <i>por</i> D. Juan José Bueno.	287
LA CANTINERA: <i>por</i> D. José de Grijalba.	99	EL RATERO: <i>por</i> D. Juan Perez Calvo.	291
EL CAZADOR: <i>por</i> D. Antonio García Gutierrez.	104	LA POSADERA: <i>por</i> D. Vicente de la Fuente.	294
EL ALGUACIL: <i>por</i> D. Bonifacio Gomez.	109	EL MINISTRO: <i>por</i> D. Ignacio de Castilla.	298
LA GITANA: <i>por</i> D. Sebastian Herrero.	110	LA COLGIALA: <i>por</i> D. Carlos García Doncel.	302
EL MENDIGO: <i>por</i> D. José María Tenorio.	117	LA CIGARRERA: <i>por</i> D. Antonio Flores.	306
EL PRESIDARIO: <i>por</i> D. Bonifacio Gomez.	121	EL EMIGRADO: <i>por</i> D. Eugenio de Ochoa.	313
EL COCHERO: <i>por</i> D. Cipriano Arias.	125	EL ACCIONISTA DE MINAS: <i>por</i> D. Pedro de Madrazo.	317
— EL EJECUTOR: <i>por</i> D. Fermin Caballero.	130	EL CELADOR DE BARRIO: <i>por el mismo.</i>	322
EL CALESERO: <i>por</i> D. Juan Martinez Villergas.	134	EL AGENTE DE BOLSA: <i>por</i> D. Ramon de Castañeyra.	324
EL MÉDICO: <i>por el</i> Licenciado José Calvo y Martin.	138	LA PRENDERA: <i>por</i> D. Juan Perez Calvo.	329
— EL DÓMINE: <i>por</i> D. Fermin Caballero.	142	EL USURERO: <i>por</i> D. Juan de Cápua.	332
EL EXCLAUSTRADO: <i>por</i> D. Antonio Gil de Zárate.	146	LOS BURONEROS: <i>por</i> D. José Muñoz.	336
PL PATRON DE BARCO: <i>por</i> D. Sebastian Herrero.	149	LA MARISABIDILLA: <i>por</i> D. Cayetano Rosell.	340
EL ELEGANTE: <i>por</i> D. Ramon de Navarrete.	153	LA SEÑORA MAYOR: <i>por</i> D. Pedro de Madrazo.	346
EL HOSPEDADOR DE PROVINCIA: <i>por</i> el duque de Rivas.	157	EL COVACHUELISTA: <i>por</i> D. N. Anaya.	350
EL CARTERO: <i>por</i> D. Eduardo Asquerino.	160	EL BOTICARIO: <i>por</i> D. Antonio Flores.	356
EL ANTICUARIO: <i>por</i> D. Manuel de Ibarra.	163	EL DIPUTADO Á CÓRTEES: <i>por</i> D. Antonio Ferrer del Río.	360
LA CELESTINA: <i>por</i> El Solitario.	165	EL PORTERO: <i>por</i> D. Vicente Lopez.	367
LA CASERA DE UN CORRAL: <i>por</i> D. José María Tenorio.	169	EL ESPAÑOL FUERA DE ESPAÑA: <i>por</i> D. Eugenio de Ochoa.	373
EL CANÓNIGO: <i>por</i> D. Francisco Navarro Villoslada.	173	EL CIEGO: <i>por</i> D. Antonio Ferrer del Río y D. Juan Perez Calvo.	374
	177	EL RETIRADO: <i>por</i> D. Gavino Tejado.	378

## PROLOGO.

A un amigo íntimo nuestro; hijo de una señora que falleció, dejándole de muy corta edad, solemos oír á cada paso esta sentida exclamacion, propia de su filial cariño: «Yo no he conocido á mi madre; yo no tengo retrato suyo; dicen que no me parezco á ella: ¿cómo sería mi madre?»

Igual deseo de conocer á sus predecesores tienen todas las familias, pueblos y generaciones que han existido: el hombre de hoy quiere, necesita, ansía poseer el retrato del hombre de ayer; y si no lo encuentra hecho, se esfuerza á suplir la falta, pintándolo segun lo concibe. La posteridad que pretenda saber qué cosa era Madrid antes y despues que muriera Fernando VII, lo hallará sencilla y exactamente representado en las **ESCENAS MATRITENSES DEL CURIOSO PARLANTE**.

Pero este libro no se ha escrito solo para la posteridad. Por loable que sea componer una obra destinada á la diversion, y tal vez á la enseñanza de nuestros nietos, harto mejor es que esa misma obra dé placer y provecho á los coetáneos del escritor, que le proporcionaron materia para formarla. Pintar, pues, las costumbres españolas de nuestra época, llevando el objeto de corregirlas, es el fin principal que se ha propuesto el autor de las *Escenas matritenses*, DON RAMON MESONERO ROMANOS.

No hay pueblo cuyas costumbres sean de tal manera ejemplares, que no ofrezcan sobradas ocasiones de reprehension y ágría censura: censor de nuestros defectos, que no son pocos, pretendió ser el señor Mesonero. Arriesgada era la tarea en verdad, porque la generacion presente no se compone de niños respetuosos y dóciles á la voz del maestro. El siglo XIX es muy hombre: blasona de libre y de sabio; se niega á reconocer autoridad alguna; se irrita ó se mofa cuando se le hace frente con arrogancia, y su cólera ó su desprecio son para el escritor igualmente peligrosos y temibles. Hablando el señor Mesonero con la risa en los lábios á sus quisquillosos compatriotas, disfrazándoles la leccion con apariencia de la chanza, pudo atraerse un auditorio cada vez mas crecido, cada vez mas contento con el amable filósofo que castigaba realmente, pero que fingia acariciar.

Aun no bastaba que sus lecciones fuesen festivas; era necesario, para no cansar, que fuesen muy breves, y que remedasen, por decirlo así, la frivolidad del auditorio. Pensó mas de una vez el señor Mesonero pintar nuestras costumbres en una novela: gran falta nos hace este libro, y no podemos menos de rogar á nuestro ilustre compatriota que no abandone un proyecto que, despues de las *Escenas matritenses*, nos proporcionaria otra obra de igual ó de superior mérito; hoy que tan popular es el nombre del *Curioso Parlante*, puede el señor Mesonero emprenderlo todo; pero catorce años há, en 1832, una novela original, por buena que fuese, no hubiera sido leida con el gusto, con el aprecio, con el entusiasmo que los artículos del *Curioso*. Aquellos preciosos bosquejos eran una novedad agradable, una mercancía nueva que no estorbaba ni se oponia al despacho de otra, y satisfacia una necesidad existente; la novela para la generalidad de los lectores no hubiera sido novedad como novela, porque bien llenos estábamos de novelas extranjeras entonces; y en cuanto á la novedad de ser española, esta circunstancia (triste es confesarlo) quizá le hubiera dañado para con el público, en vez de servirle de recomendacion. La causa es patente. ¿Qué novelas españolas

de algun crédito se habian escrito en España desde principios del siglo pasado hasta la aparicion del *Ivanhoe*, disfrazado con el nombre de *El Caballero del Cisne*? El *Fr. Gerundio*, *El Eusebio*, ambas prohibidas, la segunda parte del *Pais de las Monas*, y no nos acordamos de mas: añádase si se quiere, porque la leyeron mucho en su tiempo, la *Serafina*. Todas las demas novelas impresas durante este tiempo en España, que suman centenares, fueron traducciones del ingles ó del frances, principalmente de este último idioma. Ahora bien, si en España por espacio de un siglo ó poco menos no se habia leído ni podia leerse mas novela que la traducida; por fuerza el gusto de los españoles, en punto á novela, tenia que ser extranjero; por fuerza una obra nacional, diferente de las extranjeras en miras, plan, caractéres, estilo y lenguaje, habia de parecernos estraña. Recordamos haber oido á un condiscípulo nuestro decir muy de veras que le cansaban las novelas de Cervantes, porque ademas de lo añejo del habla, estaban rebuditas de nombres y apellidos ordinarios ó extravagantes, como *Don Juan de Cárcamo* y *Don Antonio de Isunza*, al paso que en las novelas francesas todos los nombres eran tan bonitos como los de *Dorval* y *Carolina*. Para este amigo nuestro, que representaba el estado de la nacion entera con pocas escepciones, lo extravagante, lo raro, lo peregrino era lo de casa; lo bello, usual y admirable era lo de fuera: no podia menos; á lo uno estaban acostumbrados, y á lo otro no. Con tales inconvenientes hubiera tenido que luchar la novela del señor Mesonero, y con ellos habrán de luchar nuestros novelistas hasta que el mérito y número de sus obras haga perder el pleito á las advenedizas: los artículos publicados en el periódico semanal titulado *Cartas españolas*, no corrian peligro: ningun español ni extranjero nos tenia hechos á esas ligeras y graciosas obritas: el mismo Figaro fue imitador del *Curioso Parlante*. Las *Escenas Matritenses*, escritas desde 1832 á 1842, y participando, como era forzoso, de las circunstancias en que la nacion se hallaba, valen mas y sen mas que una novela, porque son la historia viva del progreso social de España, desde antes de la guerra última hasta despues de la paz.

Quien examine los artículos del primer año ó primera serie, publicados desde enero de 1832 hasta abril del año siguiente, verá con qué reserva se presentaba el autor delante de la censura para no escitar su suspicacia, para no incurrir en su tremenda ojeriza. Guiado, impelido por su espíritu observador á descubrir el vicio donde quiera que se refugie, no puede menos de indicarlo donde lo encuentra; pero sus retencencias prudentes hacen al lector comprender cuánto mas diria si el poder no le tuviera sujetos los lábios. En los dos artículos titulados *La Empleo-manía* y *La Político-manía*, en que se echa menos la viveza y chiste de los que les preceden y siguen, el lector al momento conoce por qué el *Parlante* habla tan solo de los que pretenden y no de los que reparten empleos: de los que deliran tratando de política, y no de los políticos delirantes: aquella era la fruta vedada; tocar á ella era perder la gracia y esponerse á la muerte. Sin embargo, en el artículo de *Grandezas y Miseria*, al bosquejar con cuatro toques las oficinas de la casa de un poderoso, nadie podia desconocer que el travieso crítico dibujaba las del Estado. Sencillos, amenos, breves, limados y cautelosos los artículos de este primer tiempo, van ganando gradual-

mente intencion y soltura: en el que lleva por título 1802 y 1832 ha dado ya el autor un paso grande: en *las Tres Tertulias, la Capa vieja, el Dominó, el Día de fiesta y la Casa de Cervantes*, la pluma del Curioso corre todavía mas fácil y ejercitada.

Aquella pluma necesitaba volar: los acontecimientos políticos de nuestro país le dieron licencia para remontarse á cualquier altura, para descender á cualesquiera profundidades. Con todo, el comedido censor moral no tomó sino los grados de libertad que necesitaba para continuar su obra y hacerla completa, rehusando entrar en el campo de la política, recinto muy estrecho para quien tenia por suyo el vasto dominio de las costumbres. Emprendida nuevamente en 1835 por el señor Mesonero la tarea comenzada tres años antes, vimos en los nuevos partos de su ingenio mayor firmeza de pulso, mas movimiento, mejor combinacion y mas desenfado en el desempeño: en los primeros ensayos lucia una especie de belleza reposada y modesta, hija de una época de sosiego y de servidumbre: la continuacion de estos ensayos (no ensayos ya, sino obras cabales) ostentaba la belleza varonil de un carácter enérgico, desarrollado en medio de la libertad y de los combates. Compárese por ejemplo el artículo de la primera serie, titulado: *La filarmónica*, con el de la segunda titulado: *Costumbres literarias*: compárese *La comedia casera* con *El romanticismo*; *Las ferias* con *El día de toros*; *San Isidro* con *El entierro de la sardina*; *El extranjero en su patria* con *El recién venido*, y *La calle de Toledo* con *La posada*: es otro el autor y otra la España que descubrimos entonces: uno y otro habian adelantado mucho; la reputacion del señor Mesonero Romano estaba hecha: su obra por entonces estaba concluida.

Porque una obra es, lo repetimos, la del señor Mesonero, y no una coleccion de obrillas sueltas escritas al acaso, hijas del capricho. Esta obra tiene su héroe, su protagonista, principal figura, ó personaje de interes principal, que es el *español virtuoso, noble y sabio de ahora*, igual casi al de todos tiempos; pero esta respetable figura, como la *Casina* de Plauto no sale de entre bastidores, para que el vulgo no la profane; y como la estatua de Bruto, luce mas porque se la echa menos. El señor Mesonero quiere mejorar las costumbres; por consiguiente saca solo á las tablas aquellos personajes cuyas costumbres necesitan enmienda, las cuales forman los numerosos episodios de este poema: aun en los poemas clásicos valen mas los episodios que la accion principal. «Corrigete de ese vicio,» dice el autor á cada uno de los personajes que censura, «y tú y el país ganareis mucho en ello: estos son los defectos de que adolece la sociedad española: lo que no está aquí es lo respetable y lo bueno.»

Estos personajes episódicos, pues, que son á su vez los principales en las escenas que les corresponden, están descritos con una habilidad superior á cualquier elogio: son la verdad misma. ¿Quién no conoce en Madrid algun empleado antiguo ó cesante, igual, punto por punto, al don Homo-bono Quiñones del señor Mesonero? ¿Quién no tropieza, una vez á lo menos al día, con don Policarpo Omnibus de los Santos? ¿En qué compañía de aficionados no ha ocurrido un desman parecido al que se refiere en el artículo de *La comedia casera*? La mano que traza estas líneas conserva una cicatriz, indeleble recuerdo de una catástrofe semejante. Aquella Jacinta, hija

de don Melquiades Revesino, aquella Paquita tan diestra en el manejo de la mantilla española, Paca la Zandunga, la tia Blasa, el tio Mondongo, el casero-procurador y todos los demas personajes de *El día de toros*, incluso el alcalde de barrio, ¿de cuál de nuestros lectores no son conocidos? Sobre todo ¡ah! ¿quién no se conoce en el artículo eminentemente filosófico de *Antes, ahora y despues*? Así fueron nuestros padres, así somos nosotros, así serán nuestros sucesores, como el escarmiento no nos enseñe para enseñarlos.

Útiles, amenas, breves, llenas de verdad, estas preciosas páginas, corrian sin embargo el peligro de cansar por la monotonía que pudiera producir la semejanza de los asuntos; pero el señor Mesonero ha sabido introducir en su obra una gran variedad, empleando todos los tonos desde el mas humilde al mas grave: hasta los acentos de la poesia han venido á dar efecto y realce á la fácil y discreta prosa del Parlante Curioso: por cierto que no merece perdon el que escribiendo romances como el del *Coche simon* y la *Beldad parisiense*, no cultiva mas el género. Sonríase maliciosamente el lector con *El paseo de Juana ó El alquiler de un cuarto*: riase á carcajadas con la *Junta de cofradía ó El recién venido*: el Curioso Parlante sabrá mesurarnos con el tono melancólico del artículo titulado *La Empleo-mania*, conmovernos con el de la *Casa de Cervantes* y *La noche de vela*, estremecernos tal vez con la terrible perspectiva de *El campo santo*. Aquello es saber escribir: saber sentir, saber pensar.

¿Diremos algo del estilo del señor Mesonero? ¿Para qué, si nuestros lectores van á juzgar de él; ó mas bien, á dejarse seducir por él desde la primera llana? Únicamente manifestaremos que ese estilo es propio y peculiar del autor: bien que con toda su obra sucede lo mismo. Don Juan de Zavaleta en el siglo xvii, Addison en el pasado, Jouy, Paul de Kock y otros en el presente, escribieron en este género y bien; pero escribieron otras cosas, ó cosas parecidas presentadas de otra manera: los buenos ingenios coinciden mil veces en ideas, bien que varian infinito en la forma de expresarlas, así como todos los hombres blancos y rubios se parecen en el color del cutis y el pelo, sin tener por eso las facciones iguales. La concision y el gracejo urbano, ese gracejo que agrada mas cuanto mas al descuido se vierte, caracterizan principalmente el modo de decir del Curioso Parlante; pero aun quizá es mas de elogiar en él su carácter inofensivo. Las Escenas Matritenses son una prueba irrecusable de que se puede escribir en el género festivo sin emplear groserias, dicitrios ni suciedades, sin hacer agravio á las leyes ni á las personas, y sin pedir al idioma frances elegancias que en el nuestro no son de recibo. El señor Mesonero ha visto nuestra sociedad tal como es en el día, es decir, separándose mucho de lo que fue, conservando un poco de lo que ha sido, dudosa y vacilante acerca de lo que será en lo sucesivo: así la ha trazado en sus cuadros, pintando tipos generales, en que ninguna persona determinada se encuentra, porque el fin del autor no es mortificar, á ninguno, sino buscar el provecho comun de todos. *Aucun fel n'a jamais empoisonné ma plume*, ha podido decir como Crébillon el señor Mesonero: no envidiamos la gloria de los que no pudieren decir otro tanto.

JUAN EUGENIO HARTZENBUSCH.



## ESCENAS MATRITENSES.

PRIMERA ÉPOCA.

(1832 A 1836.)

### LAS COSTUMBRES DE MADRID. (\*)

*Dificile est proprie comunia dicere.*

Horat.

«Este que llama el vulgo estilo llano, envuelve tantas fuerzas, que quien osa tal vez acometerle, suda en vano.»

*Lupercio de Argensola.*

GRAVE y delicada carga es la de un escritor que se propone atacar en sus discursos los ridículos de la sociedad en que vive. Si no está dotado de un genio observador, de una imaginación viva, de una sutil penetración; si no reúne á estas dotes un gracejo natural, estilo fácil, erudición amena, y sobre todo un estudio continuo del mundo y del país en que vive, en vano se esforzará á interesar á sus lectores; sus cuadros quedarán arrinconados, cual aquellos retratos que, por muy estudiados que estén, no alcanzan la ventaja de parecerse al original.

El trascurso del tiempo y los notables sucesos que han mediado desde los últimos años del siglo anterior, han dado á las costumbres de los pueblos nuevas direcciones, derivadas de las grandes pasiones ó intereses que pusieran en lucha las circunstancias. Así que un francés actual, se parece muy poco á otro de la corte de Luis XV, y en todas las naciones se observa la misma proporción.

Los españoles, aunque mas afectos en general á los antiguos usos, no hemos podido menos de participar de esta metamorfosis, que se hace sentir tanto

mas en la corte por la facilidad de las comunicaciones y el trato con los extranjeros. Añádanse á estas causas las invasiones repetidas dos veces en este siglo, la mayor frecuencia de los viajes esteriore, el conocimiento muy generalizado de la lengua y la literatura francesas, el entusiasmo por sus modas, y mas que todo, la falta de una educación sólidamente española, y se conocerá la necesidad de que nuestras costumbres hayan tomado un carácter galo-hispano, peculiar del siglo actual, y que no han trazado ni pudieron prever los rígidos moralistas, ó los festivos criticos que describieron á España en los siglos anteriores. Es á la verdad muy cierto que, en medio de esta confusion de ideas, y al traves de tal estravagancia de usos, han quedado aun (principalmente en algunas provincias) muchos característicos de la nación, si bien todos en general reciben paulatinamente cierta modificacion que tiende á desfigurarlos.

Los franceses, los ingleses, alemanes y demas extranjeros, han intentado describir moralmente la España; pero ó bien se han creado un país ideal de romanticismo y quijotismo, ó bien desentendiéndose del trascurso del tiempo, la han descrito no como es, sino como pudo ser en tiempo de los Felipes.... Y es así como en muchas obras publicadas en el extranjero de algunos años á esta parte con los pomposos títulos de *La España, Madrid ó las costumbres españolas, El Español, Viaje á España, etc. etc.*, se ha presentado á los jóvenes de Madrid enamorando con la guitarra; á las mujeres asesinando por celos á sus amantes; á las señoritas bailando el bolero; al trabajador descansando *de no hacer nada*; así es como se ha hecho de un sereno un héroe de novela; de un salteador de caminos un Gil Blas; de una manola de Lavapies una amazona; de este modo se ha embellecido la plazuela de Alfigidos, la venta del Espíritu Santo, los barberos, el coche de colleras y los romances de

(\*) Creyendo el autor de esta obrita que acaso no carecerian de interes algunas notas aclaratorias de ciertos articulos, y relativas á la historia literaria y social de la época que comprenden, pensó adiconarlas en su respectivo lugar; pero habiendo resultado algun tanto largas dichas notas, las remite á la conclusion de la obra, donde las hallarán sus lectores. (Véase la 1.ª)

los ciegos, dándoles un aire á la Walter Scott, al mismo tiempo que se deprimen nuestros mas notables monumentos, las obras mas estimadas del arte; y así en fin los mas sagrados deberes, la religiosidad, el valor, la amistad, la franqueza, el amor constante, han sido puestos en ridiculo y presentados como obstinacion, preocupaciones, necedad y pobreza de espíritu.

Però ¿qué ha de suceder? Viene á España un extranjero (y principalmente uno de vuestros vecinos traspirenaicos) y durante los cuatro dias del camino de Bayona á Madrid no cesa de clamar con sus compañeros de diligencia contra los usos y costumbres de la nacion que aun no conoce; apéase en una fonda extranjera, donde se reúne con otros compatriotas que se ocupan esclusivamente de la alza ó baja de los fondos en París ó de las discusiones de las cámaras; visita á todos sus paisanos, atiende con ellos á sus especulaciones mercantiles, y sigue en un todo sus patrios usos.

Levántase, por ejemplo, al siguiente dia, y despues de desayunarse con cuarenta y ocho columnas de diarios llegados por la mala, se dirige por el mas corto camino á casa de *Mr. Monier* á tomar un baño; luego á almorzar *chez Genieys*; despues al salon de *Petibon*, ó al obrador de *Rouget*; desde allí á la embajada, y saliendo á las tres — «¡ *Peste de país!* no hay nadie en las calles.» — Con lo cual se baja al Prado, donde no deja de hallar á aquella hora á algun ciego que baila los monos delante de los muchachos, otro que enseña el tutili-mondi al son del tambor ó un calesin que va á los toros con dos manolas gallardamente escoltadas por un picador y un chulo. — «Vamos á los toros.....» — gritos, silbidos, espresiones obscenas..... — «¡ *Oh le vilain país!* — Embiste el toro, cae el picador, derriba á los chulos, estropea el caballo; saca su libro de memoria y anota — «*En la corrida de toros murieron siete hombres, y el público reia grandemente.*» — Sale de allí y baja al Prado al anochechar; hay mucha gente, pero ya no se ve. — «*Las jóvenes personas* (anota) *van al Prado tan tapadas que no se las ve.*» — Súbese por la calle de la Reina, come en *Genieys*, donde el Champagne y el Bordeaux le entretienen tanto que llega al teatro cuando se ha empezado el sainete: «*Las pequeñas piezas en España son pitoyables.*» — No le parece tanto otra pieza que se distingue en la primer fila de la cazuela; espérala á su descenso, y viéndola cabalmente sin compañía se ofrece caballerescamente á hacérsela; acepta ella como era de esperar, y desde el momento le habla con la mayor marcialidad: «*Las mujeres en España son estremadamente amables,*» — dice, sin meterse á averiguar mas respecto á su compañera. — Luego va á una *soirée*, donde al instante todos empiezan bien ó mal á hablarle en frances, y para diferenciar le invitan á jugar al *ecarté* ó á bailar la *galope*, con lo cual vase luego á su casa y emplea el resto de la noche en estender sus memorias sobre las costumbres españolas, y pintar los románticos amores de *don Gomez con donna Matilda*, ó *donna Paquita con don Fernandez*. — Pasan así quince dias, vuelve rápidamente á Bayona, y á poco tiempo «*Tableau moral et politique de l'Espagne, par un observateur;*» — y pillando un trozo de Lesage, no duda en adoptar por epigrafe el: «*Suivez moi, je vous ferai connaître Madrid.*» Y por cierto que el Madrid que ellos pintan no le conoceria Lesage ni el autor del *Manual*.

No pudiendo permanecer tranquilo espectador de tanta falsedad, y deseando ensayar un género que en otros países han ennoblecido las elegantes plumas de Adisson, Jouy y otros, me propuse, aunque siguiendo de lejos aquellos modelos y adorando sus huellas, presentar al público español cuadros que ofrezcan escenas de costumbres propias de nuestra nacion, y mas particularmente de Madrid, que como córte y centro de ella, es el foco en que se reflejan las de las

lejanas provincias. No dejo de conocer que los respetables nombres que acabo de escribir, y las cualidades que senté al principio de este discurso, y que reconozco indispensables para llenar con perfeccion esta tarea, son otros tantos cargos contra mí, y que acriminan la presuncion de mi intento; pero por otro lado, sea que nuestro gusto no esté tan refinado, ni exija tanta perfeccion como en aquellos países, sea que marche por un campo vírgen, donde á poco esfuerzo pueden recogerse flores y matizar con ellas mis descoloridos cuadros, sea en fin, fortuna mia, he conseguido hasta ahora que el público que ha reído con la *Comedia casera*, la *Calle de Toledo* el *Retrato* y las *Visitas*, se haya mostrado juez indulgente con quien le divierte á su costa.

Mi intento es merecer su benevolencia, si no por la brillantez de las imágenes, al menos por la verdad de ellas; si no por la ostentacion de una pedantesca ciencia, por el interés de una narracion sencilla; y finalmente, si no por el punzante aguijon de la sátira, por el festivo lenguaje de la critica. Las costumbres de la que en el idioma moderno se llama *buena sociedad*, las de la medianía, y las del comun del pueblo, tendrán alternativamente lugar en estos cuadros, donde ya figurará un drama lloron, ya un alegre sainete. Empero nadie podrá quejarse de ser el objeto directo de mis discursos, pues deben tener entendido que cuando pinto, no retrato.

Esto supuesto, y entre tanto que otros artículos preparo, saldrán á lucir sin formalidad ni cumplimiento *Los cómicos en Cuaresma*, *La empleo-manta*. *El dia 30 del mes*, *El Patio del correo*, *El pleito*, *La sala y la cocina*, *El teatro*, *La comida de campo*, *La vuelta de París*, y otros muchos ya borrajeados, ya *in pectore*, donde vayan encontrando su respectivo lugar todas las virtudes, todos los vicios y todos los ridiculos que forman en el dia nuestra sociedad; donde los usos generales, los dichos familiares, caractericen el pueblo actual, llevando en su veracidad la fecha del escrito, y donde al mismo tiempo que se ataque al ridiculo, se venga al carácter nacional de los desmedidos insultos, de las extravagantes caricaturas en que le han presentado sus antagonistas. ¡ojalá que guiado por una luz diáfana acierte á llenar mi propósito, y ojalá que el público al leer estos artículos diga con Terencio: «*Sic nunc sunt mores.*» — «¡ Tales son nuestras actuales costumbres!»

(Abril de 1832.)

## EL RETRATO.

« Quien no me creyere que tal sea de él, al menos me deben la tinta y papel.»

Bartolomé Torres Naharro.

Por los años de 1789 visitaba yo en Madrid una casa en la calle ancha de San Bernardo; el dueño de ella, hombre opulento y que ejercia un gran destino, tenia una esposa jóven, linda, amable y petimetra: con estos elementos, con coche y buena mesa puede considerarse que no les faltarian muchos apasionados. Con efecto, era así, y su tertulia se citaba como una de las mas brillantes de la córte. Yo, que entonces era un pisaverde (como si dijéramos un *lechuguino* del dia), me encontraba muy bien en esta agradable sociedad; hacia á veces la partida de mediador á la madre de la señora, decidia sobre el peinado y vestido de esta, acompañaba al paseo al esposo, disponia las meriendas y partidas de campo, y no una vez sola llegué á animar la tertulia con unas picantes seguidillas á la guitarra, ó bailando un bolero que no habia mas que ver. Si hubiese sido ahora, hubiera hablado alto, bailado de mala gana, ó sentándome en